

Hicieron un barco con un periódico viejo, pusieron el soldado dentro y lo echaron al arroyo. La corriente era rápida, los dos pilluelos le seguían corriendo y tocando las palmas. ¡Qué oleaje, Dios mío, en este mar! El barco de papel se agitaba en todas direcciones, pero á pesar de sus brascas sacudidas, el soldado de plomo permanecía impassible con la mirada fija y el arma al brazo.

—«¿A donde voy?—pensaba nuestro navegante. —Sí, sí, el duende es quien me juega esta mala pasada. Sin embargo, si la señorita estuviese en el barco conmigo, no me disgustaría la oscuridad, aunque fuese dos veces mayor.»

Muy pronto apareció una rata de agua, era un habitante del canal.

—El pasaporte,—dijo—venga el pasaporte.

El soldado de plomo guardó silencio y aprestó su fusil. El barco siguió su camino y la rata detrás enseñando los dientes y gritando:

—Detenedle, detenedle, que no ha pagado el derecho del pasaje ni ha presentado el pasaporte.

Pero la corriente crecía por momentos; el soldado distinguía ya la luz; pero al mismo tiempo oía un ruido capaz de hacer temblar al hombre más intrépido. Al extremo del canal había un salto de agua tan peligroso para nuestro soldado, como lo sería para nosotros una catarata, y estaba tan cerca, que era ya imposible retroceder.

El barco se lanzó al precipicio; el pobre soldado se mantenía tieso y firme, y nadie hubiera podido decir que pestañeaba siquiera. Después de dar muchas vueltas sobre sí mismo, el barco se había llenado de agua y amenazaba sumergirse. El agua llegaba al cuello á nuestro soldado; el buque se hundía más cada vez.

En esto el papel se despliega y el agua cubre la cabeza del navegante, que piensa en la hermosa bailarina á quien ya no espera ver más.

El papel se rompe y el soldado cae; pero en el mismo instante es devorado por un pez.

¡Entonces sí que estaba oscuro! ¡Aquello era peor que el canal! ¡Y qué apretura! Pero siempre intrépido, el soldado de plomo se tendió cuan largo era, con su arma al brazo.

El pez se movía en todos sentidos y daba terribles sacudidas; por fin se quedó quieto y pareció que le atravesaba un relámpago. Lució el día y una voz gritó; ¡Un soldado de plomo! El pez había sido cogido, expuesto en el mercado, vendido y llevado á la cocina, donde la cocinera lo había abierto con un gran cuchillo. Después lo cogió con dos dedos por medio del cuerpo y lo llevó á la sala donde todo el mundo quiso contemplar á aquel hombre notable que había viajado en el vientre de un pez.

Sin embargo, el soldado no estaba orgulloso. Se

le puso sobre la mesa, y allí—¡qué cosas tan raras se ven en el mundo!—se encontró en la misma habitación de la cual había sido arrojado por la ventana. Reconoció los niños y los juguetes que estaban sobre la mesa, el bonito castillo y la hermosa bailarina siempre con su pierna en el aire.

El soldado de plomo se conmovió tanto, que hubiese querido llorar plomo; pero esto no hubiera estado bien. Miró á la bailarina, la bailarina le miró á él, pero no se dirigieron ni una palabra.

De improviso, uno de los niños le cogió y le echó al fuego sin el menor motivo, impulsado sin duda por el duende de la tabaquera.

El soldado de plomo estaba de pié, iluminado por un resplandor vivísimo y sintiendo un calor insoportable. Todos sus colores habían desaparecido, sin que nadie pudiera decir si esto era consecuencia de sus viajes ó de sus penas.

Seguía mirando á la bailarina, y la bailarina le miraba también. Él se derretía, pero siempre valeroso conservaba su arma al brazo. En esto se abre una puerta y el viento arrebatá á la bailarina, que, semejante á una sílfide, vuela hácia la chimenea, cerca del sitio que ocupaba el soldado, y desaparece entre las llamas. El soldado de plomo se había convertido en una pequeña masa.

Al día siguiente, cuando la criada entró á recoger las cenizas, encontró un objeto que parecía un pequeño corazón de plomo. De la bailarina solo quedaba una pajita ennegrecida por el fuego.

X.

LA VIDA

NACEMOS sin voluntad
Y sin rumbo caminamos,
Y con anhelo buscamos
Por do quier felicidad.
Tocamos la realidad,
Y vemos con amargura,
Que es falsedad la ventura;
Y al terminar la jornada,
Nos hallamos con la nada
Dentro de una sepultura.

I. MASALLES MIRAPEIX.

LA VANIDAD DE TODO

POR qué el hombre no ha de poder volar como el cometa? ¿Qué importa que el pensamiento

nos lleve á espacios superiores, si la materia nos encarcela y nos obliga á vivir en este lugar sombrío y árido? Genios elevados, pensadores, soñad; entretanto la ley de la gravedad impera en vuestras moléculas. En vano anhelamos descubrir nuestro principio y nuestro fin; un horizonte se cierra para nuestra razón como se cierra para nuestras miradas. Ah! ¡cuánto debemos envidiar esas alas ténues que cruzan por el espacio y á las que casi siempre miramos con indiferencia! Nosotros sabríamos aprovecharlas mejor que los pájaros y los insectos.

¡Siempre ha de ser lastimoso nuestro destino! Ciencia! ciencia! ¿qué significa esta palabra? ¿hay algún hombre que con convicción pueda responder á estas dos preguntas? ¿por qué nacemos? ¿por qué morimos? Ciencia! ciencia! mientras esta palabra no nos descubra la causa de nuestro nacimiento y la razón de la inutilidad de la vida y de todo lo que nos rodea, podemos asegurar que el hombre más sabio es un pobre ignorante. Sabemos algo vago que nos perturba, ideas que no nos sirven para ser más felices y para positivar las sensaciones agradables; sabemos que los hombres tienen vicios y que la vida es penosa; sabemos que la muerte es inevitable y que generalmente va acompañada de sufrimientos. ¡Triste el destino del saber humano! Casualmente lo que el hombre más alaba, la razón, es lo que nos sirve de mayor tormento. ¡Cuánto envidia la tranquilidad del cabrero que vaga todo el día por las montañas y que al anochecer se acuesta y ronca con satisfacción! Al levantarse aquel hombre sonríe; su imaginación está fresca y tranquila: por ella no ha pasado ese torbellino de ideas que nos envuelve y que se convierte en vértigo espantoso. El rústico no piensa en mañana, y en cambio recuerda con fruición su ayer, porque fué como es su hoy, inocente y sereno.

Ciencia! ciencia! esta palabra es un sarcasmo, ¡no existe! su acepción verdadera es: *duda*. La ciencia es el arte de dudar: es conocer la realidad de las ilusiones. ¡Dichosos los que no saben! al menos tienen la ilusión de las realidades.

Ah! es preciso abandonar ese entusiasmo por lo verdadero, lo bello, lo bueno; es preciso no ser orgullosos; nada sabemos; la muerte nos sorprende en todas partes, el fastidio asoma en todos los goces, el ojo más brillante es el que se nubla más pronto. Alcanzamos gloria, honores, amor, riqueza, amistad, fama... todo para dejarlo después en breves momentos. ¡Es un afán muy inútil querer adquirirlo todo para ir á la nada! El cadáver de Milciades y el del esclavo, el cadáver de Napoleón y el de Shakespeare despiden igual hedor y están igualmente inmóviles.

Oh! ¡quién pudiera volar con la rapidez de los

cometas para alejarse de tanta corrupción y de tanta pobreza!

EL DOCTOR PÉSIMO.

NOTAS É IMPRESIONES

Dejad que la flor crezca al aire libre, llena de luz; no la encerreis en el invernadero, ni querais hacerla bella por fuerza; dejad que el pájaro vuele por el espacio y cante alegre, pero jamás le encerreis en la jaula, ni querais que por fuerza cante; la naturaleza no ha creado las flores para los invernaderos, ni los pájaros para las jaulas.

El amor es un poema cuyos únicos lectores son los protagonistas.

Por más que se diga, el dolor físico nos espanta más que el dolor moral.

Aunque la tierra sea de primera calidad ¿produce algo si no siembran en ella? no. Aunque el talento sea de primer orden ¿produce algo si no estudia? no.

Un libro sin plan es como un conjunto de miembros humanos sin formar un hombre.

La inteligencia es como una llave; sino se usa se enmohece; cuanto más se usa, más se abri-llanta.

Es triste confesarlo, pero detrás de todas las grandes acciones asoma la vanidad.

Si queremos descansar, cansémonos; si queremos ser felices, suframos.

No son generalmente las grandes causas las que ocasionan los grandes efectos, sino las pequeñas.

Todos convenimos en que la virtud vale más que la hermosura en la mujer, y no obstante, todos hacemos más caso de la hermosura que de la virtud.

Generalmente al recordar decimos: «Qué tiempo tan dichoso aquel!» y no es que el tiempo pasado haya sido para nosotros más dichoso que el presente, sino que nos pesa haber perdido una parte más de nuestra vida.

NOMEN.